

AGUSTÍN GUILLAMÓN
Y
OCTAVIO ALBEROLA

DEBATE ENTRE

30 agosto de 2013 – 22 de octubre de 2013

(Folleto editado por Crimental (<http://edicionescrimental.wordpress.com>) ; digitalización y formato responsabilidad de Alejandría Proletaria para esta edición)

Proletariado y clases sociales, hoy (Agustín Guillamón).....	2
¿Qué hacer? (Agustín Guillamón)	9
¿Qué es el proletariado y qué es el Estado? (Agustín Guillamón)	11
La emancipación social hoy (2) (Octavio Alberola)	15
El quehacer del ¿qué hacer? (Agustín Guillamón).....	18
La violencia y la emancipación social (Octavio Alberola).....	21

Proletariado y clases sociales, hoy (Agustín Guillamón)

El proletariado se define como la clase social que carece de todo tipo de propiedad y que para sobrevivir necesita vender su fuerza de trabajo por un salario. Forman parte del proletariado, sean o no conscientes de ello, los asalariados, los parados, los precarios, los jubilados y los familiares que dependen de ellos. En España forman parte del proletariado los seis millones de parados y los dieciséis millones de asalariados que temen engrosar las filas del paro, amén de una cifra indefinida de marginados, que no aparecen en las estadísticas porque han sido excluidos del sistema.

La clase obrera es una clasificación social OBJETIVA, que designa a todo aquel que mantiene una relación SALARIAL con un patrón (ya sea privado o estatal) al que vende su fuerza de trabajo (sus brazos y su inteligencia). La clase obrera forma parte del proletariado, que incluye además a parados, jubilados y marginados. Los proletarios no son propietarios de medios de producción. El salario es la principal forma de esclavitud moderna. LA RELACIÓN SALARIAL no es sólo de carácter social y económica, sino también política, puesto que determina el modo de existencia de quienes no tienen ningún poder de decisión sobre su propia vida.

La clase media incluye hoy a algunos trabajadores “autónomos”, esto es, trabajadores independientes y “autoexplotados”, algunos técnicos y profesionales altamente cualificados y a los empresarios sin asalariados. La alta clase media estaría formada por empresarios con algunos trabajadores asalariados, pero sin influencia política decisiva.

Capitalistas serían todos los propietarios de medios de producción, o altos gerentes con poder de decisión (aunque fueran asalariados) de grandes empresas privadas o estatales. Constituyen menos del uno por ciento de la población, pero su influencia política es absoluta, y determinan las líneas económicas que se aplican y afectan a la vida cotidiana de la totalidad de la población. Su lema sería: “Todos los gobiernos al servicio del capital; cada gobierno contra su pueblo”.

La democracia parlamentaria europea se ha transformado rápidamente, desde el inicio de la depresión (2008), en una partitocracia “nacionalmente inútil”, autoritaria y mafiosa, dominada por esa clase dirigente capitalista apátrida, que está al servicio de las finanzas internacionales y las multinacionales. Se produce una profunda y extensa proletarización de las clases medias, una masificación del proletariado y la erupción violenta e intermitente de irrecuperables colectivos, suburbios y comunidades marginadas, antisistema (no tanto por convicción, como por exclusión). Los Estados nacionales se convierten en instrumentos obsoletos (pero aún necesarios, en cuanto garantes del orden público y defensa armada de la explotación) de esa clase capitalista dirigente, de ámbito e intereses mundiales.

La sociedad capitalista actual, que nos permite la anterior clasificación social en tres clases fundamentales, aún admite en el seno de cada clase una infinita gradación de situaciones económicas, sociales, políticas y culturales, pero se identifica con la EXPLOTACIÓN de los trabajadores por los capitalistas, y tiende a una rápida polarización entre el proletariado (más la clase media proletarizada) y la ínfima minoría de los todopoderosos dirigentes (inferior al uno por ciento y apátrida).

Todo el mundo entiende que existe explotación cuando se habla del trabajo infantil esclavo en manufacturas de la India o China, que producen zapatillas o ropa de marca para multinacionales, con jornadas de 18 ó 20 horas, sin más paga que alimento y jergón en el mismo lugar de trabajo, que venden sus productos en USA o Europa. Y se escandalizan, con razón, ante esa explotación del trabajo infantil

esclavo.

Hay que entender que la EXPLOTACIÓN del trabajo asalariado es la ESENCIA de la sociedad capitalista. Todos los asalariados padecen la explotación capitalista (no sólo los niños hindúes). Cuanto más desarrollada es la productividad del trabajo colectivo de una sociedad, mayor grado de explotación experimentan sus trabajadores, aunque puedan consumir más mercancías. La feroz lucha entre los capitalistas por superar y sobrevivir al competidor, impulsa el incremento de la explotación de los trabajadores, al margen de la buena voluntad o ética de cada empresario individual. Los capitales se fusionan y concentran, atacando sin límites las condiciones de vida y laborales de los trabajadores, amenazando con irse a otro país o con contratar más barato entre los millones de parados sin recursos. En cada país un puñado de transnacionales efectúa ventas anuales que superan ampliamente los presupuestos nacionales y empuñan el poder de dar trabajo, o no, a millones de desposeídos.

El proletariado, que tiende a abarcar hoy a un 75/80 por ciento de la población española, se puede clasificar en asalariados, precarios, parados, prejubilados, jubilados y marginados. La clase media sufre una fortísima proletarización, con amplios sectores de profesionales (en el ámbito de la medicina, arquitectura, enseñanza, tecnologías y servicios sociales), funcionarios y medianos o pequeños empresarios (colectivos que hace cinco años percibían elevados ingresos) que se proletarizan, o incluso quedan marginados económica y socialmente.

El elevadísimo número de parados y el estadísticamente desconocido número de excluidos (por paro de larga duración y/o no percepción de ingreso alguno) hace que los asalariados, en su conjunto, se precaricen colectivamente en sus condiciones laborales y existenciales hasta extremos impensables hace unos años en España y Europa. Incluso desaparece la negociación de los convenios colectivos por sectores o empresas, que son sustituidos por condiciones mínimas y miserables de contratación. Los suburbios se convierten en guetos de excluidos del sistema, que el Estado intenta aislar entre sí, entregando su dominio a las bandas, la droga, las mafias, las escuelas, los trabajadores sociales, oenegés, etetés, prisiones y policía, para que conjuntamente impongan el control y/o sacrificio económico, político, social, moral, volitivo, y si hace falta también físico, de “todos los que sobran”, con el objetivo preciso y concreto de desactivar su potencial revolucionario, intentando convertir esos barrios periféricos en colmenas de muertos vivientes, a los que las instituciones estatales les han declarado una guerra total de exterminio y aniquilación.

La tesis neosituacionista y milenarista de la desaparición del proletariado muestra no sólo su irracionalidad y falsedad, frente al inmenso incremento del proletariado en países como China, Sudáfrica, Brasil o la India, sino su falta de comprensión de la nueva realidad europea, y de la proletarización de las clases medias, surgida con la depresión iniciada en el 2008. Primitivistas y “pro-situs” se han quedado anclados en sus trasnochados análisis, tan desmovilizadores como artificiales e inútiles, confundiendo las características propias de las fases keynesiano/fordista (1945-1975) y neoliberal/toyotista (1976-2007) del capitalismo, con su esencia. Catastrofistas, ludditas, antidesarrollistas, profetas, tecnófobos e idealistas de distinto pelaje y orientación, coinciden en un punto fundamental, que nos desarma como clase revolucionaria en lucha contra el sistema capitalista: afirman que el proletariado ha desaparecido y/o ha dejado de ser el sujeto revolucionario. Identifican una parte con el todo. Confunden clase obrera industrial con proletariado. Desprecian como a bárbaros groseros y desclasados al proletariado de los guetos. Son reaccionarios brillantes y coherentes, muy útiles hoy al capital; pero que pronto desaparecerán en la nada de la necesidad y la extravagancia.

La lucha de clases no es sólo la única posibilidad de resistencia y supervivencia frente a los feroces y sádicos ataques del capital, sino la irrenunciable vía de búsqueda de una solución revolucionaria definitiva a la decadencia del sistema capitalista, hoy obsoleto y criminal, que además se cree impune y eterno. Revolución o barbarie; lucha de clases o explotación sin límites; poder de decisión sobre la propia vida o esclavitud asalariada y marginación.

Agustín Guillamón

Comentarios

Octavio Alberola :

Admitirás, Agustín, que aún admitiendo tu análisis y tu clasificación de la clases sociales (1), no es el error de los "catastrofistas, ludditas, antidesarrollistas, profetas, tecnófobos e idealistas de distinto pelaje y orientación", que "afirman que el proletariado ha desaparecido y/o ha dejado de ser el sujeto revolucionario", el único factor "que nos desarma como clase revolucionaria en lucha contra el sistema capitalista". Y, en consecuencia, que el verdadero problema a resolver, para poder afrontar eficazmente al capitalismo y hacer posible la revolución (la emancipación de la clase trabajadora de toda forma de explotación y dominación), es : ¿cómo evitar que el "sujeto revolucionario" siga desarmado o desarmándose?

Supongo que no te sorprende todo lo que hace el Sistema capitalista para desarmar ideológicamente al proletariado y "desactivar su potencial revolucionario". Es lógico que los capitalistas sólo por error hagan cosas que en lugar de desactivarlo lo activen. Lo grave es que desde posiciones que se pretenden anticapitalistas se contribuya a desactivarlo. Pero lo más grave es que el proletariado se haya dejado desarmar y desactivar por unos y por otros. Porque eso significa que o bien no tiene conciencia de clase o que no quiere ser el "sujeto revolucionario".

Aunque quizás, estimado Agustín, el principal error haya sido considerar la lucha de clases como motor de la historia y que una clase debía salir triunfante de tal confrontación. Pues esa manera de interpretar la emancipación ha potenciado la delegación sobre la autogestión, confiscando al proletariado su revolución.

¿Cómo pues no comprender su actual desafección por este tipo de revolución?

Sí, Agustín, "¿revolución o barbarie?" Pero sólo si "revolución" significa "poder de decisión sobre la propia vida". Y quizás eso es lo que el proletariado no tiene muy claro de poder alcanzar a través de los proyectos revolucionarios que se le siguen ofreciendo.

(1) Tú mismo reconoces que tal clasificación es aproximativa; pues "aún admite en el seno de cada clase una infinita gradación de situaciones económicas, sociales, políticas y culturales".

Guillamón

Las objeciones de Octavio son éstas:

1.- El sujeto revolucionario (el proletariado) se ha dejado desarmar. Octavio olvida que el proletariado fue vencido y masacrado en la guerra civil y en la Segunda Guerra Mundial. Fue derrotado, vencido y masacrado (50 millones de muertos en la Segunda guerra mundial). No "se dejó desarmar" como dice Octavio, sino que fue vencido con las armas en la mano.

2.- El error (¿de quién?) radica en considerar la lucha de clases como motor de la historia.

Considerar “la lucha de clases como motor de la historia”, ha potenciado “la delegación sobre la autogestión”. El capitalismo, por definición y por esencia, es una sociedad dividida en clases, y en una sociedad dividida en clases, la lucha de clases es el motor de la historia, por definición y por esencia. No hay discusión posible. No es una teoría errónea, sino una realidad tangible y evidente. La relación salarial es la esencia de la sociedad capitalista: los capitalistas compran fuerza de trabajo y el proletariado vende esa fuerza de trabajo,

3.- OCTAVIO comparte la visión de que revolución significa “poder de decisión sobre la propia vida”, pero añade que el proletariado rechaza los proyectos revolucionarios que se le siguen ofreciendo. Pero Octavio: Nadie ha de ofrecerle nada, nadie ha de introducir la conciencia de clase en el proletariado. Nadie ha de dirigir nada. Es el abecé más elemental y el grito de la Primera Internacional: “la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores”. Hay aquí, querido Octavio, cierta incompreensión de lo que es el proletariado y su naturaleza.

Querido Octavio:

El ser precede a la conciencia. Dicho de otra forma, la conciencia es un atributo del ser. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, más o menos largo, en el que el arma de la crítica se transforma en la crítica de las armas. Cuando un movimiento revolucionario hace su aparición en la historia rompe con todas las teorías muertas, y suena la hora anhelada de la acción revolucionaria, que por sí misma vale más que cualquier texto teórico, porque pone al descubierto sus errores e insuficiencias. Esa experiencia práctica, vivida colectivamente, hace estallar las inútiles barreras y los torpes límites, fijados durante los largos períodos contrarrevolucionarios. Las teorías revolucionarias prueban su validez en el laboratorio histórico.

Conocer, divulgar y profundizar en el conocimiento de la historia revolucionaria, negando las falacias y deformaciones esculpidas o escupidas por la “sagrada” historiografía burguesa, desvelando la auténtica historia de la lucha de clases, escrita desde el punto de vista del proletariado revolucionario, es ya, en sí mismo, un combate por la historia, por la historia revolucionaria. Combate que forma parte de las luchas de clases, como cualquier huelga salvaje, la ocupación de fábricas, una insurrección revolucionaria, “La conquista del pan” o “El Capital”. La clase obrera, para apropiarse de su pasado, ha de combatir las visiones socialdemócratas, neoestalinistas, catalanistas, milenaristas, situacionistas, idealistas, liberales y neofranquistas. Ha de criticar y combatir visiones derrotistas y reaccionarias, como las extravagantes tesis de algunos neosituacionistas, que llegan a decir que no hay otra alternativa revolucionaria que la del cultivo del huerto, porque el proletariado hace ya años que fue derrotado y hoy ya no existe. Con tales “revolucionarios”, y otros sepultureros, el capitalismo ya no necesita policía ni ejército.

El combate proletario por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni abstracto o banal, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado internacional, y en España debe comprender, asimilar y apropiarse, inexcusablemente, las experiencias del movimiento anarcosindicalista en los años treinta.

Las fronteras de clase profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados; romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación; terminar con el trabajo asalariado, la plusvalía y la explotación del

hombre en todo el mundo; atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas por medio de la toma de conciencia de sus insuficiencias o lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad revolucionarios y de las diversas organizaciones del proletariado.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente o del pasado, el sabotaje, la organización de un grupo revolucionario, el ciego estallido de un motín, o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases.

La vida de un individuo es demasiado breve para penetrar profundamente en el conocimiento del pasado, o para ahondar en la teoría revolucionaria, sin una actividad colectiva e internacional que le permita hacerse con la experiencia de las generaciones pasadas, y a su vez le permita servir de puente y acicate a las generaciones futuras. Por eso considero tan importante este debate, por eso denuncio todas esas teorías reaccionarias de la desaparición del proletariado.

Saludos fraternales de Agustín

Octavio Alberola

Hola Agustín:

Partiendo de que coincidimos en que, "desarmado" o "derrotado, vencido y masacrado", lo importante hoy para el "proletariado" (por lo menos para su parte más consciente y combativa) es proseguir la lucha contra el capitalismo y todas sus variantes actuales de dominación y explotación.

Y también de que, tras tantas derrotas, nadie puede pretender poseer la fórmula mágica para liberar a la humanidad de esa terrible plaga que amenaza devastar la Tierra entera.

Me parece necesario y útil reflexionar sobre el por qué de esas derrotas o de ese desarme; pues, pese a ser el "proletariado", la "clase trabajadora", superior cuantitativamente a la burguesía (aunque la relación no sea exactamente de 99 a 1% como se dice por ahí), ya ves cómo estamos hoy en España y en el mundo.

Es por eso que, dejando de lado la discusión sobre lo que cada uno entiende por "proletariado", "clase trabajadora", "guerra de clases" y si "el ser precede a la conciencia", etc., intentaré aportar (en un próximo artículo) algunas ideas sobre el significado y validez hoy del llamado de la Primera Internacional: "la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores"; pues yo

también pienso que "las teorías revolucionarias prueban su validez (o su fiasco) en el laboratorio histórico".

Creo que esa reflexión y debate puede ser más útil de esa manera y quizás logremos que otros y otras participen en él.

Fraternalmente

Guillamón

Muy bien Octavio: comparto contigo la necesidad de que el debate, si procede, sólo tiene sentido si resulta fructífero para todos.

Por desgracia, carecemos de una cultura del debate y la controversia. Los neosituacionistas y otros milenaristas, por ejemplo, recurren siempre al insulto y la descalificación gratuita del oponente, definido siempre como izquierdista o idiota, rehuyen toda sana controversia, porque ésta pone de manifiesto la debilidad de sus argumentos y el carácter reaccionario de sus llamamientos "al cultivo del jardín".

En los años veinte y treinta, en el movimiento obrero, era habitual la práctica de controversias públicas, en la que los oradores debatían sus posiciones políticas ajenos a todo personalismo, con el sano objetivo de darlas a conocer y hacer pedagogía.

Saludos fraternales de Agustín

La emancipación social hoy (Octavio Alberola)

A raíz del artículo "Proletariado y clases sociales, hoy"(1) y de mis comentarios (2), su autor y yo coincidimos en la necesidad de reflexionar sobre el por qué el "proletariado", pese a ser -cuantitativamente- superior a la burguesía (aunque la relación no sea de 99 a 1%, como se dice por ahí), parece estar perdiendo hoy la "guerra de clases". Lo que sigue es pues una tentativa de respuesta y, al mismo tiempo, una reflexión sobre "el significado y validez hoy del llamado de la "Primera Internacional : la emancipación de los trabajadores será la obra de los propios trabajadores".

Sobre la "guerra de clases"...

Para comenzar e independientemente de si es pertinente o no seguir utilizando los términos "proletariado", "clase trabajadora" y "guerra de clases", y de si ésta está siendo ganada o no por la burguesía, considero necesario precisar que lo que debería, lo que debe importarnos -a cuantos continuamos proclamándonos anticapitalistas y revolucionarios- es cómo proseguir hoy la lucha contra el capitalismo y todas las variantes actuales de la dominación y la explotación. No sólo por consecuencia ideológica y ética sino también por razones de supervivencia, puesto que la voracidad depredadora del capitalismo no tiene fin y amenaza con destruir el propio planeta.

¿Cómo negar el desastroso balance de la "crisis" actual para la "clase trabajadora" y el incierto futuro que para ella representan las políticas económicas y sociales a la obra hoy: tanto en los países con Estados conservadores como en los países con Estados "progresistas"? Sí, ¿cómo negarlo? ¿Acaso esas

políticas no privilegian el capital al trabajo? Y es así tanto para los Estados que habían basado su desarrollo en la llamada "sociedad del bienestar" como para los "emergentes" (capitalistas o "socialistas") que pretenden avanzar hacia ella. Además, ¿cómo olvidar que todos esos Estados implementan también políticas extractivistas "financiadas" y "controladas" por las transnacionales capitalistas con costos ecológicos devastadores?

Lo grave hoy es que, a pesar de lo evidente, de lo terrible y amenazador de este balance y de este panorama, las masas trabajadoras no parecen ser conscientes de ello; pues, cuando reaccionan, cuando resisten en los países desarrollados es para tratar de salvaguardar algunas de las "conquistas" de la "sociedad del bienestar", y, cuando lo hacen en los países en vías de desarrollo, es para alcanzar tales "conquistas"... O sea que "resistiendo para salvaguardar" o "luchando para alcanzar" esas "conquistas" se está "resistiendo" o "luchando" por lo que permitió al capitalismo domesticar e integrar al sistema de explotación y dominación capitalista a la "clase trabajadora", al "proletariado", sin necesidad de recurrir a la violencia represiva. Violencia utilizada solamente en los casos de real resistencia a la domesticación y a la integración o cuando la burguesía consideraba o considera aún excesivas las demandas de los trabajadores.

¿Cómo no reflexionar pues sobre el por qué, a pesar de tal balance y panorama, el capitalismo es percibido hoy, inclusive por la mayoría de la clase más explotada, como el único sistema económico posible y deseable?

La necesidad y urgencia de una tal reflexión me parece obvia, puesto que, aunque queden por ahí algunas organizaciones sindicales residuales que siguen proclamándose anticapitalistas y revolucionarias, la realidad es que la inmensa mayoría del "proletariado", de la "clase trabajadora", piensa más en consumir e integrarse a la actual sociedad capitalista que en emanciparse socialmente. No sólo porque ha hecho suyos los "valores" capitalistas (acumulación de riquezas y disfrute individual de las mismas), a tal punto que su ideal "emancipador" se reduce hoy al acceso y aumento de su capacidad de consumo, sino también porque su obnubilación por el consumo le impide tomar conciencia de los peligros que éste ha creado y sigue creando.

El hecho es que, por unas u otras razones, el ideal emancipador de la Primera Internacional, de poner fin a la explotación y la dominación del hombre por el hombre, ha quedado reducido a una simple consigna o a un deseo reprimido en el subconsciente de la "clase trabajadora", del "proletariado", y de ahí que sea tan necesario y urgente reflexionar hoy sobre el por qué de tal abdicación y cómo conseguir salir de ella. En otras palabras: ¿cómo reactualizar el llamado de la Primera internacional para que los trabajadores luchen, luchemos de nuevo por nuestra emancipación social y humana.

Sobre la emancipación hoy...

Sea exclusivamente gracias a la trampa del consumo o también por el uso de la violencia represiva que el capitalismo haya conseguido domesticar a la "clase trabajadora", al "proletariado", y así extender su dominación mundial y perennizarla, el hecho histórico es que la burguesía consiguió su objetivo y que hoy nos encontramos más sometidos que nunca a sus ambiciones y designios.

"Desarmado" o "derrotado, vencido y masacrado", el "proletariado", la "clase trabajadora" (o por lo menos su parte más consciente y combativa), debería proseguir hoy la lucha emancipadora con más decisión que antes; pues, si no lo hace, no sólo su desarme o derrota serán insuperables sino que, con tal actitud, contribuirá a la barbarie y los desastres que la continuidad del capitalismo anuncia.

Pero, ¿es esto lo que hace? No, no es lo que está haciendo, lo que estamos haciendo. Y, como lo decíamos al principio, aunque haya algunas minorías que lo hagan o lo intenten, esas resistencias no ponen en causa el sistema. Por lo que, aunque triunfen, lo consolidan y contribuyen a integrar más a los trabajadores al capitalismo.

Se impone pues reconocer que, más que la voluntad explotadora y dominadora de la burguesía y la acción de "la mano invisible" (3), ha sido y sigue siendo la abdicación del "proletariado", de la "clase trabajadora", a luchar por su emancipación social la principal responsable del triunfo de la burguesía y del

"hecho inmoral y kafkiano de que los mismos que provocaron la crisis con sus malas prácticas resulten recompensados dejando en sus manos las políticas para superarla".

Es pues necesario ser conscientes de que "la devastación producida, el número de vidas truncadas y la miseria provocada" son, que duda cabe, la obra del capitalismo y de esa "mano invisible"; pero también que ello ha sido posible por la renuncia de la "clase trabajadora", del "proletariado" a luchar para poner fin al sistema de explotación y dominación capitalista. Y que, en consecuencia, si los trabajadores, los proletarios, no queremos ser cómplices de la devastación, las vidas truncadas y la miseria futuras, deben, debemos comenzar por cuestionar esos objetivos de lucha que sólo han servido para consolidar y extender la hegemonía del capitalismo.

Por supuesto, tras tantas derrotas, nadie puede pretender poseer la fórmula mágica para liberar a la humanidad de esta terrible plaga que amenaza devastar la Tierra entera, tras reducirnos a la pura condición de mercancías. Pero me parece que ya es hora de plantearnos seriamente el por qué de las derrotas y de intentar encontrar y experimentar un camino que nos permita salir de ellas y evitar caer de nuevo en otras.

En este sentido, me parece que hoy más que nunca es de actualidad y de gran urgencia luchar por la emancipación social de la "clase trabajadora", del "proletariado", conscientes de que ella será la obra de los trabajadores mismos o no lo será, y que una tal lucha debe servir para salir del capitalismo y no para quedarnos en él.

Claro que es fácil decirlo, que lo difícil es ser consecuentes con una tal actitud; pero me parece que, sin dejar de ser solidarios con las víctimas del sistema, vale la pena intentar una tal consecuencia y no renunciar a poner fin a este sistema tan injusto y peligroso. Y que ser consecuentes implica comenzar por no creernos en posesión de la verdad, de la verdadera teoría y estrategia revolucionarias, y, por consiguiente, poner fin a los estériles enfrentamientos ideológicos entre los que aspiran o dicen aspirar al mismo objetivo emancipador. Pues es obvio que un tal sectarismo debilita nuestra lucha y contribuye a disuadir a muchos trabajadores de participar en ella y les incita a quedarse en casa.

Además, si "las teorías revolucionarias prueban su validez (o su fiasco) en el laboratorio histórico", me parece que este laboratorio ha probado ya de manera incontestable lo que vale y lo que ha sido un fiasco.

(1)<http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/26058> y <http://kaosenlared.net/component/k2/item/67007-proletariado-y-clases-sociales-hoy.html>

(2)Se pueden leer abriendo el enlace a www.alasbarricadas.org... que antecede

(3)<http://www.kaosenlared.net/component/k2/item/69037-la-mano-invisible-de-la-crisis.html>

¿Qué hacer? (Agustín Guillamón)

Octavio aparece un tanto pesimista: Incluso en una revolución burguesa, como la Revolución Francesa de 1789, el pueblo y el Tercer Estado en 1787 no eran nada, ni podían nada, pese a representar al 99 por ciento de la población francesa. En 1789 lo podían todo y en 1793 el Antiguo Régimen había sido despedazado. Así, pues, también cabe el optimismo.

Las cuestiones que plantea Octavio Alberola se resumen en una sola y clásica pregunta: ¿Qué hacer?

Quizás sea más adecuado contestar qué es lo que no hay que hacer.

No hay que crear organizaciones minoritarias que se propongan guiar, organizar y sustituir al proletariado.

Hay que combatir las ideologías burguesas. Hay que conocer y aprender de las experiencias históricas del proletariado. La teoría revolucionaria se alimenta de esas experiencias.

Hay que combatir las ideologías derrotistas, como la de los sitos que proclaman que el proletariado ya ha sido derrotado y es mejor abandonar toda teoría revolucionaria y dedicarse al cultivo del huerto, o del jardín, porque ya no existe proletariado y porque la catástrofe ecológica del planeta ya es irreversible, y sucedió ayer.

Hay que combatir las ideologías que proponen la conquista del Estado, porque la única vía revolucionaria del proletariado pasa por la destrucción del Estado y de las relaciones sociales de producción capitalistas.

La revolución social no es una cuestión de formas organizativas adecuadas, sino que depende de la extensión de la condición de proletario y de la toma de conciencia de tal condición. La gran contradicción que sume a tantos analistas en la confusión más penosa y en el inmediatismo más chato radica en la incompreensión de la condición proletaria en la sociedad capitalista. El proletariado en el capitalismo no es nada, ni puede nada, ni aspira a nada, ni tiene fuerza alguna, mientras sea una clase para el capital. Sólo cuando se constituye en clase, con intereses antagónicos al capital y el Estado que lo defiende, y se enfrenta al partido del capital adquiere su potencial revolucionario, en el propio proceso de la lucha de clases.

Las fronteras de clase profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados, romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación, terminar con la plusvalía y la explotación del hombre en todo el mundo, atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

El proletariado, para vencer, necesita una conciencia cada vez mayor, superior y más aguda, de la realidad y de su devenir. Sólo con una conciencia crítica, elaborada en el estudio riguroso de las experiencias internacionales de sus luchas pasadas, podrá avanzar hacia sus objetivos. La conmemoración de la muerte de sus militantes, o de las masacres de los asalariados, no puede ser jamás, para los revolucionarios, un acto religioso, o de homenaje a los héroes y de memoria individualista. Lo que importa es extraer las lecciones de las sangrientas derrotas obreras, porque las derrotas son los jalones de la victoria.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, para tomar conciencia de éstas, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas, corrigiendo sus insuficiencias o lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad revolucionarios y de las diversas organizaciones del proletariado.

Los movimientos revolucionarios no nacen perfectos, tal como si fueran Palas Atenea, que surgió de la cabeza de Júpiter ya adulta y armada, con lanza y coraza. No trazan jamás una línea recta y continua, no han sido nunca una flecha que da directamente en la diana, sino que por el contrario avanzan,

dudan, retroceden ante la inmensidad de las tareas a realizar, reanudan el proceso revolucionario, avanzan un paso y retroceden dos, se asoman al vértigo del abismo que abre la barbarie del antiguo régimen, y luego dan un gran salto sobre ese precipicio, o perecen en el intento.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente o del pasado, el sabotaje, la organización de un grupo revolucionario, el ciego estallido de un motín, o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases.

La vida de un individuo es demasiado breve para penetrar profundamente en el conocimiento del pasado, o para ahondar en la teoría revolucionaria, sin una actividad colectiva e internacional que le permita hacerse con la experiencia de las generaciones pasadas, y a su vez le permita servir de puente y acicate a las generaciones futuras.

Y el papel de las minorías o vanguardias revolucionarias no puede, ni debe ser otro, que el de facilitar eses proceso de toma de conciencia del proletariado.

La bandera negra es la negación de todos los colores de todas las banderas, o si se prefiere, de todas las patrias y de todos los nacionalismos. Pero también es lo opuesto a la bandera blanca de la rendición, o si se quiere, al abandono de la lucha de clases para retirarse al cultivo del jardín, como proponen los situs y otros derrotistas “radicales” de distinto pelaje y confusión.

Agustín Guillamón

¿Qué es el proletariado y qué es el Estado? (Agustín Guillamón)

El proletariado no es una cosa, ni una identidad, ni una cultura, ni tiene unos intereses de clase propios que defender. El proletariado se constituye en clase mediante un proceso de desarrollo y formación que sólo se da en la lucha de clases. El proletariado, reducido en el capitalismo al estatus de productor y consumidor en la sociedad capitalista, se convierte en una categoría pasiva, sin conciencia propia; es una clase para el capital, sometida a la ideología capitalista. No es nada, ni aspira a nada, ni puede nada. Sólo en la intensificación y agudización de la lucha de clases adquiere conciencia de la explotación y dominio que sufre en el capitalismo, y en el proceso mismo de esa guerra de clases, surge como clase autónoma y se constituye como proletariado antagónico y enfrentado al capitalismo. Enfrentamiento total y a muerte, sin aspiraciones reformistas o de gestión de un sistema hoy ya obsoleto y caduco.

El Estado, en la sociedad capitalista, convierte la soberanía en un monopolio: el Estado es el único poder político de un determinado territorio. El Estado detenta el monopolio del poder político, y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia, la definición de legalidad y la administración de la justicia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalistas, y por lo tanto es perseguido, castigado y aniquilado.

En la sociedad feudal las relaciones sociales estaban basadas en la dependencia personal y el privilegio. En la sociedad capitalista las relaciones sociales sólo pueden darse entre individuos jurídicamente libres e iguales. Esta libertad e igualdad jurídicas (que no de propiedad) son indispensables

para la formación y existencia de un proletariado que provea de mano de obra barata a los nuevos empresarios fabriles. El obrero ha de ser libre, también libre de toda propiedad, para poder estar disponible y preparado para alquilarse por un salario al amo de la fábrica. Ha de ser libre y carecer de toda dependencia de la tierra que labraba, y de todo sustento o propiedad, para ser expulsado por el hambre, la pauperización y la miseria hacia las nuevas concentraciones industriales donde pueda vender la única mercancía que posee: sus brazos, esto es, su fuerza de trabajo. Es la historia rural del éxodo a las ciudades, iniciado hacia 1750 en Inglaterra y repetido en el resto del planeta hasta nuestros días.

A estas nuevas relaciones sociales, propias del capitalismo, les corresponde una nueva organización política, distinta de la feudal: un Estado que monopoliza todas las relaciones políticas. En el capitalismo todos los individuos son libres e iguales (jurídicamente) y nadie guarda ninguna dependencia política respecto al antiguo señor feudal o al nuevo amo de la fábrica. Todas las relaciones políticas son monopolizadas por el Estado.

El Estado monopoliza el poder, la violencia y las relaciones políticas entre los individuos en las sociedades en las que el modo de producción capitalista es el dominante. A diferencia de lo que sucedía con las instituciones políticas precapitalistas, el Estado **NO ES UNA RELACIÓN DE PRODUCCIÓN**. En el sistema de producción capitalista el capital no es sólo el dinero, o las fábricas, o las maquinarias, el capital es también una relación social de producción, y precisamente la que se da entre los proletarios, vendedores de su fuerza de trabajo por un salario, y los capitalistas, compradores de la mercancía “fuerza de trabajo”. El Estado debe garantizar el mantenimiento y reproducción de las condiciones que posibilitan la existencia de esas relaciones sociales de producción, esto es, la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo.

El Estado surge desde una contradicción, que le da origen y razón de ser, entre la defensa teórica del bien común o general y la defensa práctica del interés de una minoría. La contradicción existente entre la ilusión de defender el interés general y la defensa real de los intereses de clase de la burguesía. La razón de ser del Estado no es otra que garantizar la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas. El Estado, por esta misma razón, es incapaz de superar la contradicción existente entre la defensa del interés general (e histórico) de la sociedad (y de la especie humana), que en teoría afirma defender, y los intereses inmediatos del capital y su reproducción, que en la práctica son su objetivo prioritario y exclusivo. El Estado no puede confesar su incapacidad para enfrentarse a los intereses inmediatos de reproducción del capital, ni su permanente necesidad de impulsar el ciclo de valorización, que supone agotar los recursos naturales, contaminar el planeta hasta niveles suicidas, hipotecar el porvenir de las futuras generaciones y poner en peligro la continuidad de la especie humana.

Sin embargo, el Estado, cosificado en sus instituciones, es la máscara de la sociedad, con apariencia de una fuerza externa movida por una racionalidad superior, que encarna un orden justo al que sirve como árbitro neutral. Esta fetichización del Estado **PERMITE** que las relaciones sociales de producción capitalistas aparezcan como meras relaciones económicas, no coactivas, al mismo tiempo que **DESAPARECE** el carácter opresivo de las instituciones estatales. En el mercado, trabajador y empresario aparecen como individuos libres, que realizan un intercambio “puramente” económico: el trabajador vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En ese intercambio libre, “sólo” económico, ha desaparecido toda coacción, y el Estado no ha intervenido para nada: no está, ha desaparecido.

La escisión entre lo público y lo privado es una condición necesaria de las relaciones de producción capitalistas, porque sólo así **APARECEN** como acuerdos libres entre individuos jurídicamente libres e iguales, en las que la violencia, monopolizada por el Estado, ha desaparecido de escena. De todo esto resulta una **CONTRADICCIÓN** entre el Estado **COMO FETICHE**, que debe ocultar su monopolio de la violencia, y la coacción permanentemente ejercida sobre el proletariado para garantizar las relaciones de producción capitalistas, esto es, de mantenimiento de las condiciones de explotación del proletariado por el capital; y el Estado **COMO ORGANIZADOR DEL CONSENSO** social y de la legalidad, que convoca elecciones libres, permite partidos y asociaciones obreras, legisla conquistas laborales como la asistencia sanitaria, pensiones, horarios, etcétera.

En caso de crisis el Estado capitalista desvela inmediatamente que es antes Estado capitalista que Estado nacional, de pueblos o ciudadanos. El componente coactivo del Estado, ligado a la dominación de clase, es la ESENCIA FUNDAMENTAL de éste, que aparece diáfana cuando consenso social y legitimación estatal son sacrificados en el altar de la sumisión del proletariado a la explotación del capital.

El Estado surge de esa relación contradictoria. Pretende a ocultar su papel represor, como garante de la dominación de clase mediante el monopolio de la violencia, al tiempo que quiere aparecer como organizador del consenso de la sociedad civil, que a su vez legitima al Estado como árbitro neutral. Con esto el Estado fortalece además su dominio ideológico y consigue un dominio más completo y encubierto de la sociedad civil. El Estado, por supuesto, criminaliza toda violencia política (revolucionaria o no) que escape a su monopolio.

Las instituciones fundamentales del Estado son el ejército permanente y la burocracia. Las tareas del ejército son la defensa de las fronteras territoriales frente a otros Estados, las conquistas imperialistas, para ampliar los mercados y acaparar materias primas, y sobre todo la garantía última del orden establecido frente a la subversión obrera y las insurrecciones proletarias. Las tareas de la burocracia son la administración de todas aquellas funciones que la burguesía delega en el Estado: educación, policía, salud pública, prisiones, correo, ferrocarriles, carreteras... El funcionario del Estado, desde el maestro de escuela al catedrático, del policía al ministro, del cartero al médico desempeñan funciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la burguesía, mientras no sean un buen negocio para ésta, en cuyo caso se privatizan.

El Estado es la ORGANIZACIÓN del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el capital.

El Estado no es pues una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía. No es una máquina que pueda conquistarse, ni que pueda manejarse al antojo del maquinista de turno. El proletariado no puede conquistar el Estado, porque es la ORGANIZACIÓN política del capital: ha de destruirlo. Si un partido fortalece o reconstruye el Estado, o se limita a conquistar el Estado, no estamos ante una revolución proletaria, sino ante otra forma de capitalismo. El ejemplo histórico más destacado fue el capitalismo de Estado de la extinta Unión Soviética. El Estado no puede ser ABOLIDO de la noche a la mañana por un decreto "revolucionario", o por un acuerdo social de la mayoría de la sociedad, porque es la organización política del capital y sus relaciones sociales de producción: hay que DESTRUIR esas relaciones sociales de producción y su organización política: el Estado. El Estado no puede ser parcialmente sustituido y parcialmente utilizado (como un semi-Estado obrero) por el proletariado contra el capital, en una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo, esperando que se EXTINGA como una llama sin oxígeno, porque el Estado es la organización política del capital y garantiza las relaciones sociales de producción capitalistas. No existe una semiorganización del capital ni una semigarantía de las relaciones sociales de producción, y ya hemos dicho que la máquina Estado no puede utilizarse, ni semi-utilizarse en un doble sentido, ahora para explotar o semi-explotar al proletariado, mañana para emanciparlo o semi-emanciparlo. El Estado es la organización política total y totalitaria del capital (y de su permanente reproducción) para explotar al proletariado. El proletariado no puede usar, ni semiusar para extinguir; ni abolir, ya sea por decreto, acuerdo mutuo, o votación, el Estado: sólo puede destruirlo.

El proletariado ha de destruir el Estado porque éste es la organización política de la explotación económica del trabajo asalariado. La destrucción del Estado es el inicio de una revolución proletaria.

Así, pues, las tareas del proletariado son inmensas, pero también la única vía existente para evitar la barbarie del actual capitalismo, obsoleto y terminal.

El combate de los trabajadores por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni abstracto o banal, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado internacional, y en España debe comprender, asimilar y apropiarse, inexcusablemente, las experiencias

del movimiento anarcosindicalista en los años treinta.

La Historia Sagrada de la burguesía tiene por misión mitificar los nacionalismos, la democracia liberal, y la economía capitalista, para convencernos de que son eternos, inmutables e inamovibles. Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica.

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase asalariada y explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada; lucha porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en clase revolucionaria consciente, enfrentada al Estado y al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, apoyarse en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los errores y deficiencias del pasado, en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Pero ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases de los distintos grupos de afinidad y de las diversas organizaciones del proletariado.

A partir de ahí es cuando podemos empezar a responder esa pregunta planteada por Octavio:

¿Qué hacer?

Ya hemos dicho en otro artículo de esta controversia que las luchas de clases profundizan un abismo entre revolucionarios y reformistas, entre anticapitalistas o defensores del capitalismo. Quienes levantan la bandera nacionalista, sentencian la desaparición del proletariado o defienden el carácter eterno del Capital y del Estado están al otro lado de la barricada, se digan anarquistas o se llamen marxistas. La alternativa se da entre los revolucionarios, que quieren suprimir todas las fronteras, arriar todas las banderas, disolver todos los ejércitos y policías, destruir todos los Estados; romper con cualquier totalitarismo o mesianismo mediante prácticas asamblearias y de autoemancipación; terminar con el trabajo asalariado, la plusvalía y la explotación del hombre en todo el mundo; atajar las amenazas de destrucción nuclear, defender los recursos naturales para las futuras generaciones..., y los conservadores del orden establecido, guardianes y voz de su amo, que defienden el capitalismo y sus lacras. Revolución o barbarie.

¿Qué se hizo en 1936?:

Quizás en otro artículo de esta controversia se presente la ocasión para extraer las enseñanzas de la experiencia revolucionaria del proletariado de los años treinta, en Cataluña, durante la Revolución de 1936-1937, y que en todo caso son básicamente dos:

1.- En julio de 1936, la cuestión esencial no era la toma del poder (por una minoría de dirigentes anarquistas), sino la de coordinar, impulsar y profundizar la destrucción del Estado por los comités, que se estaba desarrollando en las calles y fábricas barcelonesas.

Los comités revolucionarios de barriada (y algunos de los comités locales) no hacían o dejaban de hacer la revolución: eran, en sí mismos, la revolución social.

La destrucción del Estado por los comités revolucionarios era una tarea muy concreta y real, en la que esos comités asumían todas las tareas que el Estado desempeñaba antes de julio de 1936. Y ESA ES LA GRAN LECCIÓN DE LA REVOLUCIÓN DEL 36: LA NECESIDAD DE DESTRUIR EL ESTADO.

2.- Durante la guerra civil, el proyecto político del anarquismo de Estado, constituido como un partido antifascista más, utilizando métodos de colaboración de clases y de participación gubernamental, organizado burocráticamente con el objetivo principal de ganar la guerra al fascismo, fracasó estrepitosamente en todos los terrenos; pero el movimiento social del anarquismo revolucionario, organizado en comités revolucionarios de barrio, locales, de control obrero, de defensa, etcétera, constituyó los embriones de un poder obrero que alcanzó cotas de gestión económica, de iniciativas populares revolucionarias y de autonomía proletaria, que aún hoy iluminan y anuncian un futuro radicalmente diferente a la barbarie capitalista, el horror fascista o la esclavitud estalinista.

Y aunque ese anarquismo revolucionario sucumbió finalmente a la represión coordinada y

cómplice del Estado, de la burguesía, de los estalinistas y de los comités superiores, nos legó el ejemplo, la reflexión y el combate de algunas minorías, como Los Amigos de Durruti, las JJLL de Cataluña y determinados grupos anarquistas de la Federación Local de Barcelona, que nos permiten teorizar hoy sus experiencias, aprender de sus errores y reivindicar su lucha y su historia.

Agustín Guillamón

La emancipación social hoy (2) (Octavio Alberola)

¿Qué hacer? : ni desmoralización ni mitificación

El artículo "La emancipación social hoy" (1) tenía por objetivo exponer unas breves reflexiones, sobre el contexto actual de "la guerra de clases", como primera aportación al inicio de un debate (2) para analizar el por qué los "proletarios", pese a ser más numerosos que los "burgueses", estamos perdiendo (por el momento) esa "guerra". Como prueba de ello avanzaba que el Capital, con la ayuda del Estado, ha conseguido anular una gran parte de las conquistas sociales de la clase trabajadora, y que el capitalismo, a pesar de su terrible y catastrófico balance social, ecológico y humano, ha conseguido también ser "percibido hoy, inclusive por la mayoría de la clase más explotada, como el único sistema económico posible y deseable".

Que la "clase trabajadora" está perdiendo gran parte de las conquistas sociales alcanzadas y que el capitalismo es percibido hoy como el único sistema económico posible y deseable me parecía y me sigue pareciendo irrefutable, y por ello sigo considerando necesario y urgente realizar esa reflexión colectiva sobre las causas que nos han llevado a los trabajadores a tan desastrosa situación. Como también sigo considerando necesario evitar "estériles enfrentamientos entre los que aspiran o dicen aspirar al mismo objetivo emancipador" y, además, dejar de "creernos en posesión de la verdad, de la verdadera teoría y estrategia revolucionarias". No sólo para no desviarnos del objetivo que buscamos con esta reflexión sino también porque, tras tantas derrotas y desilusiones reformistas y revolucionarias, nadie puede seguir sosteniendo tal pretensión.

Es posible que tuviera sentido pretenderlo antes de que se produjeran todos los fracasos reformistas y revolucionarios, teóricos y estratégicos que han hecho posible la hegemonía mundial del capitalismo; pero hoy, con todos los retrocesos sociales que se están produciendo ante nuestros ojos y con lo que son hoy de conservadoras las reivindicaciones sindicales, inclusive las de los sindicatos más radicales, los más revolucionarios, ¿cómo seguir pretendiéndolo?

Es obvio que no, que nadie puede hoy pretenderlo, y que tanto las propuestas reformistas como las revolucionarias, las marxistas como las anarquistas se han demostrado impotentes para conseguir su objetivo emancipador y ni siquiera capaces de asegurar el bienestar material de la clase trabajadora. Pues, además de que esas conquistas sociales sólo fueron posibles tras duras luchas y costos humanos enormes, ahora constatamos que ellas son extremadamente frágiles, que se pueden perder y se están perdiendo.

Con un tal balance (3) y ante una situación tan desfavorable para el ideal emancipador, ¿cómo seguir pretendiendo que todo lo imaginado hasta aquí para realizarlo era y es suficiente? ¿Cómo no reconocer tal insuficiencia, que algo ha fallado y que es necesario, urgente, reflexionar sobre ello? Pues me parece evidente que, si no se le considera una fatalidad histórica, estamos obligados a pensar que, o bien esos fracasos provienen de las teorías y las estrategias utilizadas por la "clase trabajadora" para conseguir su emancipación o bien son el resultado de su propia incapacidad para desear emanciparse.

Claro es que se puede atribuir al capitalismo una extraordinaria capacidad y voluntad para dotarse de los medios persuasivos e impositivos (represivos) suficientes para imponer (por la persuasión o por la fuerza) su proyecto al mundo del trabajo; pero, aún reconociéndole tal capacidad, este argumento nos

sigue remitiendo a la cuestión del por qué una minoría, la “burguesía”, ha podido dominar al “proletariado”, inmensamente superior en número.

La “servidumbre voluntaria”

Lo enfoquemos como lo enfoquemos, esta reflexión, este análisis nos remite inevitablemente a la cuestión, que ya hace muchos siglos planteó el filósofo Étienne de La Boétie, de la “servidumbre voluntaria”. Es verdad que se debe matizar lo de “voluntaria”; pues bien sabemos cómo tal servidumbre se ha inculcado e impuesto a lo largo de la historia, que más que voluntaria ha sido inducida, utilizando para ello todos los medios de la persuasión intelectual pero también los de la coerción física. No obstante, el hecho es que el principal triunfo del capitalismo ha sido obtener de los explotados la aceptación de la explotación capitalista: por ver en ella la posibilidad de realización de su deseo e ideal consumista. Un deseo e ideal de progreso social reducido a la satisfacción de sus necesidades materiales y en consecuencia a quedar atrapados en las mallas de la ideología capitalista.

La Boétie decía: “Decidiros a no servir más y seréis libres”.

¿Cómo dudar de que esa es la solución, que para ser libres hay que desearlo y decidirse a serlo? Marx y Bakunin, con todos los demás internacionalistas, dijeron: “La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos”. Pero, más de un siglo y medio después, se invoque a Marx o se invoque a Bakunin, ¿qué es lo que podemos constatar desde entonces? Efectivamente, que la emancipación sólo puede ser la obra de los que la deseen. Que ella no cae del cielo, ni depende de la conquista mítica del Poder. Que no hay que esperarla de la caridad del capitalismo ni del capricho de los Amos. Que ella no depende ni de la acción de una vanguardia ni de que las “condiciones objetivas” estén reunidas. Que ella llega cuando no se da al Poder lo que habitualmente se le da para serlo. Es decir: cuando se deja de obedecer y se decide uno a decidir por sí mismo.

Sí, esto es lo que sabemos de cierto sobre la posibilidad de la emancipación después de todo lo sucedido en ese algo más de siglo y medio de historia; pero también sabemos que, salvo en raras ocasiones y en sectores minoritarios del “proletariado”, tal deseo y decisión (de no servir más) no se ha manifestado, y que hoy es todavía más flagrante y resignada la renuncia de la “clase trabajadora” al que un día se pretendió era –quizás demasiado pronto- su ideal emancipador.

Claro que se pueden hacer y se hacen llamamientos a la insumisión, a la rebelión, a la toma de conciencia de lo que es la explotación capitalista hoy y de lo que puede ser mañana si los trabajadores no reaccionan y se deciden a defender “sus derechos”. Pero, ¿cuál es el resultado de esos llamamientos? El resultado es nulo o casi nulo; pues ni aumenta la resistencia y la movilización contra las políticas antisociales a la obra, ni la solidaridad con los que más la sufren es suficiente para que éstos no sean objeto de una desposesión cada vez mayor.

No obstante, esos llamamientos siguen siendo necesarios y no seré yo quien incite a no hacerlos; pues es obvio que, como se ha producido en otras ocasiones, la toma de conciencia puede producirse y el deseo de emancipación puede volver a ponerse al orden del día en forma de rechazo a la voracidad explotadora del capitalismo y a su ideología consumista. Y más ahora en que la voracidad depredadora del capitalismo se está poniendo en evidencia de manera tan cínica y peligrosa para la propia supervivencia de la humanidad. Pero también es obvio que ser conscientes de ello, de que puede producirse esa toma de conciencia, no significa que ese cambio radical se va a producir necesariamente; pues también puede no producirse. De ahí que también debamos ser conscientes de lo quimérico y peligroso que puede ser el creer imposible la vuelta de viejas o nuevas barbaries.

¿Qué hacer?

En sus dos contribuciones (4), Agustín Guillamón dice que lo que yo planteo se resume en “una sola y clásica pregunta: ¿Qué hacer?” Aunque luego afirma que “quizás sea más adecuado contestar qué es lo que no hay que hacer”, por lo que su contribución es una lista de lo que según él “no hay que” hacer y de lo que “hay que” hacer para no seguir perdiendo la “guerra de clases”.

Es evidente que, si fuese suficiente con enunciar nuestros deseos para que automáticamente se transformen en realidades, suscribiría de inmediato esa lista. Pero, desgraciadamente, no sólo no es suficiente sino que al tener que enunciarlos mostramos ya que no son más que deseos... De ahí que, por excelentes y deseables que sean, lo que debería importarnos y preocuparnos es por qué, pese a nuestras invocaciones, no se realizan. Pues es obvio que si nos damos cuenta del por qué no se realizan, pese al ímpetu y convicción que pongamos en su invocación, también sabremos el por qué el proletariado está perdiendo (por el momento) la "guerra de clases" frente al capitalismo.

¿De qué sirve decir "no hay que..." o "hay que..." si nadie nos escucha, si el proletariado hace otra cosa? ¿Cómo no ver lo que está sucediendo, cómo se imponen las políticas antisociales en todas partes y cómo las transnacionales del Capital dominan el mundo?

Se puede, claro, considerar que eso es transitorio, que aunque sea así hoy no lo será siempre, y decir que lo que importa "es extraer las lecciones de las sangrientas derrotas obreras, porque las derrotas son los jalones de la victoria." Pero, ¿decirlo nos acerca de verdad a la "victoria"?

Es verdad que, de todos esos fracasos, hemos podido sacar una lección, y ésta es que, como lo pensaban ya los internacionalistas de la Primera Internacional, "la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos", y que, para que eso sea posible, todos debemos poder decidir. Y en este sentido, claro que al aportarnos la prueba, de que la libertad y la igualdad son inseparables, todas esas "derrotas" han servido de algo; pues de más en más se tiene conciencia de que nuestro futuro depende de nosotros mismos.

Pero, desgraciadamente, saberlo tampoco es suficiente para reavivar y potenciar hoy el deseo emancipador. O, por lo menos, no lo es todavía... ¿Qué hacer pues en tales circunstancias? ¿Esperar que el vendaval capitalista amaine? ¿Seguir polemizando sobre "qué es el proletariado y qué es el Estado"?

Para mí, la respuesta me parece obvia: luchar, seguir luchando contra todo lo que nos explota y oprime, y tanto en el plano nacional como en el internacional. No desanimarnos y seguir haciendo todo lo posible (cada uno con su "conciencia de clase" y sus "convicciones") por que los demás explotados y oprimidos se movilicen y participen también en esta lucha. Pero, sobre todo, no seguir en el pasado. La lucha es hoy. El capitalismo sigue y seguirá atacando mientras no seamos capaces de hacerle retroceder o de destruirlo. ¿Cómo pues seguir perdiendo tiempo y energías en disputas teóricas inútiles, estériles, a partir de una u otra mitificación del pasado? ¿No decimos que nuestro ideal, nuestro objetivo es la emancipación social? ¿No es obvio nuestro común fracaso?

Ni desmoralización ni mitificación

Para mí lo es, y por ello me parece completamente inútil y estéril pretender lo contrario, nos pongamos en una u otra atalaya de la "lucha de clases". Además, hoy sabemos que debemos combatir al capitalismo no sólo por sus nefastas consecuencias sociales sino también por el peligro que representa para todos los humanos su voracidad depredadora del planeta. Un peligro que, si no le ponemos fin, será – en un plazo no muy largo- nuestro fin; pues, si bien a las injusticias se podía en algunos casos sobrevivir, a los desastres ecológicos no.

El capitalismo (privado o de Estado) era sinónimo de injusticia social, de riqueza injustamente repartida. Hoy, además de continuar a ser eso, es sinónimo de devastación de la naturaleza, del hábitat natural del hombre. Es decir: que si ayer lo combatíamos por razones éticas, hoy debemos hacerlo por razones de sobrevivencia. Y de eso somos cada vez más conscientes todos, aunque no todos hayamos comenzado a reaccionar en acorde con tal conciencia.

Es verdad que, como ya sucedió antes con la lucha por la emancipación social, nuestra dependencia al consumismo y a los valores del capitalismo está retardado la toma de conciencia del peligro que éste representa para el medio ambiente y para nuestras propias vidas, y, en consecuencia, retarda también nuestra reacción para pasar a la acción. Pero, como lo estamos comprobando todos los días, de más en más somos más los que denunciemos y combatimos esa amenaza, y lo más extraordinario es que esa militancia surge hoy en el seno de todos los grupos políticos y religiosos, de todas las clases y

categorías sociales. Además de que también se considera de más en más vital ir más allá de las disquisiciones teóricas y los especificismos para emprender acciones concretas; pues también somos conscientes de que esta vez puede ser la última y definitiva, que si no reaccionamos ahora ya no habrá muy probablemente otras ocasiones...

Efectivamente, hoy más que nunca el dilema es socialismo o barbarie. El socialismo entendido como igualdad; pero también como libertad para todos. Pues es obvio que sólo un socialismo libertario, en el que todos podamos decidir ese futuro común, es una verdadera alternativa al capitalismo privado o de Estado que nos están conduciendo al abismo.

Así pues, ¿qué hacer hoy? Ni desmoralización ni mitificación, ser conscientes de lo que padecemos ya y del peligro que nos amenaza, y, en consecuencia, serlo también del por qué hemos llegado y estamos en esta situación. Pues sólo siendo conscientes de ello podremos, si luchamos todos, salir de ella. Tal es mi convicción y en esa dirección trato de orientar mi acción y lucha.

Octavio Alberola

El quehacer del ¿qué hacer? (Agustín Guillamón)

1.-

Dos cosas: organización de los revolucionarios y apropiación de la teoría revolucionaria del proletariado, esto es, extraer las enseñanzas proporcionadas por las experiencias históricas del pasado.

La existencia de luchas obreras, y en su seno la existencia de revolucionarios, es la condición esencial para el surgimiento y apropiación de la teoría revolucionaria.

La distinción entre clase revolucionaria (proletariado) y revolucionarios (vanguardia) es impuesta por las condiciones de vida en el capitalismo y por las diferencias del nivel de conciencia y de compromiso individuales. Y se agranda en épocas de paz social.

La conexión entre esas minorías de revolucionarios organizados (vanguardias) y el proletariado es un proceso histórico, cuajado de peligros, como el substitucionismo, la contrarrevolución, la burocratización, la socialdemocracia, el evolucionismo gradual, y otros, que desemboca (en caso de éxito revolucionario) en la anulación de la diferencia existente entre vanguardia y clase, por la necesaria desaparición de todas las clases sociales.

La revolución no es asunto de ningún grupo, partido o vanguardia, sino que es fruto de la constitución de la clase en partido, opuesto y antagónico al partido del capital. **AQUÍ LA PALABRA PARTIDO TIENE UN SIGNIFICADO DISTINTO AL HABITUAL: SE TRATA DEL PROCESO HISTÓRICO MEDIANTE EL CUAL EL PROLETARIADO TOMA CONCIENCIA DE CLASE Y DE SU ANTAGONISMO CON EL CAPITAL Y COMBATE POR DESTRUIR EL ESTADO Y ANULAR TODAS LAS CLASES SOCIALES.** Es el proletariado, y no las distintas vanguardias, quien constituye y desarrolla su propio modelo organizativo (soviets, consejos, comités), que impulsa (en situaciones revolucionarias) como órganos de poder propio, al tiempo que se enfrenta al capitalismo y destruye el Estado. La plena adquisición de la conciencia de clase sólo puede darse durante esas confrontaciones revolucionarias, porque en el capitalismo el proletariado no es nada, ni posee otra cosa que sus cadenas, ni aparece como tal fugazmente sólo en los episodios radicales de lucha de clases.

La adquisición de conciencia de clase por el proletariado no se consigue como consecuencia de una crisis de sobreproducción, ni a causa de la caída tendencial de la tasa de beneficio, ni por puro

espontaneismo, impulsado por las catástrofes de la crisis: paro masivo, generalización de la miseria, ataques criminales del capital a las condiciones de vida de los trabajadores...

Conciencia de clase y enfrentamiento revolucionario con el sistema de dominación y explotación capitalista son simultáneos. El papel de las vanguardias no puede ni debe ser otro que el de facilitar esa toma de conciencia y la asimilación de la teoría revolucionaria, que a su vez no es otra cosa que aprender de las enseñanzas proporcionadas por las experiencias históricas de las derrotas anteriores. Pero esas vanguardias, auténtico y único quehacer del qué hacer, han de estar bien preparadas, tanto organizativa como teóricamente, para cumplir con su papel de rápida transmisión al conjunto del proletariado de sus pasadas experiencias, su programa histórico y sus objetivos inmediatos y finales. SON LA SAL DE LA TIERRA, LA POTENCIAL CONCIENCIA DE CLASE, LA CHISPA QUE INICIA EL INCENDIO. Pero el papel de esas vanguardias no es sólo teórico, sino que han de estar implicados en las luchas cotidianas de la clase, creando una red de confianza, aprendizaje mutuo, entrenamiento, masificación y capilaridad entre vanguardias y clase.

2.-

La teoría revolucionaria sin la práctica no es nada. Del mismo modo, el activismo, es decir, la práctica sin teoría, tampoco lleva a ninguna parte. La teoría no ha avanzado nunca, ni un milímetro, sin una nueva experiencia práctica de una clase que sólo puede emanciparse suprimiendo todas las clases sociales, y por lo tanto a sí misma. Nosotros, Octavio, formamos parte de esa clase.

Y lo queramos, o no, seamos conscientes de ello, o no, somos parte de una clase sometida al capitalismo, con la mentalidad que éste nos ha inculcado. Y con todos los condicionamientos personales que la supervivencia en el sistema nos obliga a superar. Sea uno un parado, un jubilado, un afortunado asalariado o un marginado, delincuente o no, que sobrevive como puede; un abismo nos separa del modo de vida de la clase burguesa y dirigente, ya sean asalariados, rentistas o delincuentes que cobran y/o roban todo lo que quieren, sin nadie que les fiscalice o juzgue. También aquí la división de clases, unos con penas y dificultades insuperables para llegar a fin de mes, empobrecidos por los impuestos, la precariedad o el paro, con recortes en todo tipo de prestaciones sociales, asomándose a la miseria, o en la indigencia más absoluta, y los otros sin tasa ni vigilancia alguna, atesorando grandes fortunas o detentando parcelas de poder.

Un nuevo mundo social que conquistar. Es necesario el surgimiento de un movimiento proletario con las ideas suficientemente claras y una práctica contundente que acabe con este mundo de desigualdades e injusticia. No hay que esperar nuevos profetas o novísimos gestores de la catástrofe, sino proletarios, sin pelos en la lengua, convencidos de que el mundo actual puede y debe ser cambiado, y que es posible una sociedad sin clases, sin policías ni ejércitos, sin fronteras, sin Estado, sin mercancías, sin plusvalía, sin trabajo asalariado, en el que cada cual y todos juntos podamos decidir sobre todo lo que afecta día a día a nuestras vidas, en lugar de votar cada cuatro años al explotador A o al ladrón Z. Y eso lo queremos ya y ahora.

Y, sí, por supuesto, esas grandes generalizaciones pueden parecer banales y utópicas, a fuerza de repetirlas una y otra vez, e incluso pueden parecer ridículas, si se considera que no existen las condiciones objetivas para alcanzarlas; pero es necesario gritarlas alto y fuerte, en todas partes y en todo momento, porque es nuestro objetivo final, el único realista y también inmediato, aunque ahora aún no tengamos los medios, ni la fuerza, y tal vez tampoco la voluntad. Ya se encargará el sistema de propaganda capitalista, con sus poderosos medios de convicción y adoctrinamiento, de convencernos de que no hay nada que hacer.

Nunca han existido movimientos revolucionarios sin revuelta, sin violencia colectiva, sin un enorme empeño y una voluntad inquebrantable por enfrentarse con las fuerzas del orden que garantizan la miseria y la explotación. La solidaridad es uno de los pilares fundamentales del movimiento revolucionario. CUALQUIER REVUELTA, POR EXTENSA Y PROFUNDA QUE FUERE, NO ES NADA SIN OBJETIVOS CLAROS Y PRECISOS, y tarde o temprano será derrotada, sin dejar huella.

Así, pues, recapitulemos el abecé del qué hacer: organización de las minorías revolucionarias (vanguardias), apropiación de la teoría revolucionaria (estudio de las lecciones que nos dan las experiencias históricas del proletariado), controversia fructífera y sana entre las distintas vanguardias, planteamiento de objetivos inmediatos, pero también de objetivos “utópicos” precisos, solidaridad con cualquier sector en lucha... y preparación física y psíquica, por supuesto, pero sobre todo teórica e histórica.

Y en ese proceso de luchas se va creando una red de relaciones y confianza que establece una capilaridad entre vanguardias y clase. Es una espiral en ascenso. No se trata de que esas vanguardias o grupos sustituyan a la clase, no se trata de educar a nadie sino de aprender mutuamente, no se trata de estar por encima o por debajo, sólo se trata de luchar todos juntos y de crecer juntos en la práctica de la lucha de clases, planteando como objetivo final, pero también inmediato, las utopías de un mundo distinto y posible: sin policías ni ejércitos, sin fronteras, sin Estado, sin plusvalía, sin mercancías, sin trabajo asalariado...

3.-

Sin duda alguna, vivimos en un momento en que la conciencia de clase del proletariado está bajo mínimos, en comparación con otras etapas del movimiento obrero. El estado teórico y organizativo de las posibles vanguardias quizás sea casi siempre deplorable, nulo y, muchas veces, contraproducente. La mayoría de los grupos, grupúsculos y profetas existentes repiten nociones muertas; otros, falsamente innovadores, quedan al margen de la lucha de clases, e incluso (como hacen los sitos) levantan la bandera blanca de la rendición y la plena sumisión, declarándose gestores de la catástrofe y el antidesarrollismo; pero todos coinciden en que la pasividad del proletariado reside en el consumismo, o en su contrario, el paro masivo, y a veces (muy contradictoriamente) en los dos. Y de ahí nacen ideologías y prácticas delirantes. El panorama es flaco, débil y desalentador. Y nadie escapa a ello. Ni tú, Octavio, ni yo. Apaga y vámonos.

La revolución social es el desafío más importante y decisivo de la Humanidad, en la actualidad. Si el proletariado como clase es el partido de la revolución, enfrentado al partido antagónico del capital, generará inevitablemente diversas vanguardias revolucionarias, expresión de las distintas tendencias, tácticas y estados de conciencia de ese proletariado. Esa es la alternativa revolucionaria; la otra, es la ausencia de revolución y el paso libre a la barbarie.

4.-

Y el papel de esas vanguardias ya se ha dicho que era:

a.- Su organización, a escala local e internacional.

b.- La apropiación de la teoría revolucionaria, esto es, de las lecciones que ofrecen las experiencias históricas del proletariado (la Comuna de París, revolución rusa de 1905 y 1917, Cronstad, revolución alemana de 1919, Plataforma de 1926, revolución española de 1936-37, la Autonomía Obrera de los años setenta, etcétera).

c.- Defensa del programa histórico del proletariado: supresión de la policía y ejércitos, de todas las fronteras, de todos los Estados, del trabajo asalariado, de las mercancías, de la plusvalía...

d.- Promover y extender la solidaridad con cualquier sector en lucha...

e.- Análisis económico, que permita conocer las características fundamentales de la actual fase del capitalismo.

f.- Funcionar como cerebro de la pasión revolucionaria del proletariado.

g.- Entender que cada vanguardia es expresión de las distintas tácticas y sectores de un proletariado heterogéneo, que acabará disolviendo todas las clases sociales, y por lo tanto al propio proletariado.

h.- Rechazar y tomar medidas contra el sustitucionismo, el educacionismo y cualquier institucionalización o estatismo que pueda anidar en cada uno de esos grupos o vanguardias de la clase.

5.-

Para los materialistas el ser precede a la conciencia. Dicho de otra forma, la conciencia es un atributo del ser. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, más o menos largo, en el que el arma de la crítica se transforma en la crítica de las armas. Cuando un movimiento revolucionario hace su aparición en la historia rompe con todas las teorías muertas, y suena la hora anhelada de la acción revolucionaria, que por sí misma vale más que cualquier texto teórico, porque pone al descubierto sus errores e insuficiencias. Esa experiencia práctica, vivida colectivamente, hace estallar las inútiles barreras y los torpes límites, fijados durante los largos períodos contrarrevolucionarios. Las teorías revolucionarias prueban su validez en el laboratorio histórico.

Espero, estimado Octavio, que mis argumentos sirvan para que la controversia iniciada entre nosotros se convierta en una espiral en la que ambos elevemos nuestro nivel de comprensión sobre el quehacer que nos aguarda y nos llama. Y si eso sirve a otros, pues perfecto, y quizás sea el objetivo adecuado y por fin alcanzado del debate.

Pero es evidente que si esta controversia no trasciende el nivel teórico, consiguiendo que el pan se convierta en carne y el vino en sangre, es decir, si queda aislado y al margen de la práctica de la lucha de clases se quedará en mera palabrería, vacía y sin sentido.

Por mi parte, no tengo nada más que añadir, y espero que tú mismo, Octavio, cierres esta controversia y realices un balance que ponga el punto final.

Agustín Guillamón

La violencia y la emancipación social (Octavio Alberola)¹

El uso de la violencia para transformar la sociedad ha dado lugar a numerosos y apasionados debates en el seno de los movimientos revolucionarios. Para los libertarios, esta cuestión ha sido siempre de una gran importancia. No sólo por las posibles derivas de la violencia en terror, en terrorismo, sino porque el recurso a ella pone en causa la necesaria consecuencia entre medios y fines que siempre nos ha parecido fundamental. No obstante, la perpetuación de la dominación y la explotación y circunstancias coyunturales muy particulares nos han obligado a recurrir a ella. Lo que no quiere decir que el dilema ético haya dejado de interpelarnos, y no siempre a posteriori.

Por estas y otras razones, ligadas a su permanente actualidad, la cuestión de la violencia seguirá siendo objeto de debate en nuestros medios. Considero pues oportuno comenzar por lo que ya dije en los años ochenta sobre el «terrorismo» en la EHSS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales) de París. Aclaro que, en 1979, yo estaba asignado a residencia en Francia, y que decidí, con la intención de sortear esta medida administrativa que me impedía salir al extranjero, matricularme en la EHSS para hacer un

¹ Este texto, escrito hace algunos años, ha sido actualizado para ser publicado en la web mexicana “desinformemos” con el objetivo de hacer frente a la violenta campaña de estigmatización -orquestada por el Gobierno y los medios de comunicación mexicanos- de los jóvenes anarquistas que en México se han enfrentado a las fuerzas represivas de los movimientos de protesta social.

doctorado en Cine e Historia. Y fue así que, tras obtener el diploma y al finalizar los cursos de DEA, los profesores del seminario sobre «Terror y terrorismo: desde la Revolución francesa hasta hoy» me pidieron un texto de introducción para el debate, sobre «Terrorismo e ideologías revolucionarias», que debía clausurar dichos cursos en 1983.

Empiezo, pues, como empecé entonces, recordando que «el fenómeno del terror, el terrorismo, lo encontramos permanentemente en la historia, de la misma manera que las ideologías revolucionarias – como expresión del deseo profundo del hombre a la justicia y a la libertad – han estado también presentes y, sin duda, lo seguirán estando en la vida política y social».

El problema, porque problema hay, es que en muchas ocasiones – ¡demasiadas ya! – la ideología revolucionaria ha servido para legitimar el terror, empañando el significado de la idea misma de Revolución. Es por ello que insistí e insisto en que «se puede y se debe hacer un análisis menos maniqueo del terrorismo que el que generalmente se hace, por razones políticas, inclusive en los medios académicos. Y, por supuesto, del que hacen los medios de comunicación, ya sea por intereses partidarios o comerciales». Es, pues, esencial «tomar en consideración la gran complejidad del fenómeno terrorista y utilizar elementos de análisis más precisos para abrir la investigación y la reflexión histórica a perspectivas menos reductoras que las desarrolladas hasta nuestros días». Desgraciadamente, la falta de rigor analítico y de objetividad al analizarlo es muy frecuente. Pocos son los que se esfuerzan en definir los conceptos y los criterios de especificidad aplicables a este fenómeno extremando el rigor epistemológico. Ni siquiera para precisar el sentido ético de la objetividad: de dónde se habla. Lo reconozcamos o no, la subjetividad no es siempre involuntaria.

Pues bien, estas puntualizaciones – que entonces iban dirigidas a un auditorio de estudiantes y de profesionales de la historia – me parecen también válidas para abordar en nuestros medios la cuestión de la violencia y la transformación social. Es evidente que la significación de los hechos no es siempre la misma para todos. Nosotros debemos también reconocerlo y abordar esta cuestión sin anteojeras ideológicas: no sólo por honestidad intelectual, sino también para ser consecuentes con nuestro ideal de justicia y libertad para todos los seres humanos.

Es, pues, necesario tomar en consideración todos los factores, subjetivos o no, que contribuyen a que los hechos sean lo que son, como también la intencionalidad y los objetivos perseguidos por los protagonistas de estos hechos. Es decir: evadirnos del caos terminológico creado por el lenguaje orweliano de todos los que tienen interés en vaciar las palabras de su carga ética y su sentido ontológico. No hay que ser maniqueos con las palabras ni con los hechos, ni calificar de terrorismo sólo la violencia de los otros. En otras palabras: debemos ser extremadamente escrupulosos en el uso de ciertos términos y conceptos que el Poder (del color que sea) ha cargado de una connotación peyorativa muy particular. Sobre todo en estos momentos, cuando vemos a las grandes potencias que gobiernan los destinos del planeta convirtiendo el Terrorismo en el Gran lobo del hombre... occidental, por supuesto. Aunque sin olvidar que, como siempre, todos los Estados descubren o inventan su particular enemigo.

Y es necesario proceder así porque ha quedado suficientemente probado que las víctimas y los verdugos pueden intercambiar papeles y puestos. Además de que, con demasiada frecuencia, los protagonistas de las luchas sociales esconden sus verdaderas intenciones. De ahí que sea tan necesario aplicar nuestras definiciones a los unos y a los otros en función de lo que hacen y no sólo en función de lo que dicen o dijeron querer hacer... Los criterios, las definiciones, no deben variar según a quienes se apliquen. No se puede aceptar un galimatías semántico. La coherencia debe ser conceptual, ética: ¡al pan, pan, y al vino, vino, aquí y en China!

Por supuesto, hay que considerar la especificidad, el contexto y, en muchos casos, matizar... Pero eso no debe servir para adaptar el análisis y el debate a la conveniencia o a la ideología personal. Por lo tanto, lo primero es ponerse de acuerdo sobre la significación, la función y el alcance de ciertos conceptos y términos. Sólo esta actitud ética y esta coherencia conceptual y semántica nos permitirán ir más allá de las diferencias ideológicas y políticas, para hacer, a pesar de ellas, una reflexión realmente productiva sobre la violencia y la transformación social.

Violencia legítima y violencia ilegítima

Planteadas en el seno de una polémica partidista, esta cuestión suscitará – no cabe la menor duda – las mismas discusiones que suscita el definir cuándo una acción es o no es terrorista. De ahí la frecuente tentación de pensar en la imposibilidad de llegar, para hablar de la violencia y del terrorismo, a una definición aceptada por todos. Sin embargo, cuando lo hacemos, todos partimos de conceptos que hemos elaborado o que hemos asumido previamente.

Recuerdo, a propósito de esa «imposibilidad», que ya en 1983 hice esta observación a los historiadores presentes en la conferencia, a quienes recordé, además, que incluso habían elaborado una tipología sobre el terrorismo. Una tipología en la que se encontraba toda una serie de variantes de lo que para ellos recubría la violencia terrorista: desde el «terror» de la Revolución francesa, hasta los simples actos de revuelta individual, pasando por el «activismo» de la Resistencia, de la OAS, de los nacionalistas, de la extrema izquierda y de la extrema derecha, las guerras de descolonización, las luchas de «liberación nacional», las guerrillas, etc. Yo no sé si eran o no conscientes de la contradicción; pero lo que sí sé es que la tipología se hizo y no se cuestionó, a pesar de seguir sosteniendo la imposibilidad de llegar a una definición general del terrorismo.

El verdadero problema es que, respecto a la violencia y al terrorismo, hay generalmente posiciones a priori, de tipo ético y político, que impiden el acuerdo. Además de una especie de miedo fantasmagórico a definirnos, porque ello implica poner en causa nuestros propios comportamientos. Como ocurre también con todas las palabras que nos implican personalmente: justicia, verdad, amor, etc. Sin embargo, yo creo que, con un poco de buena voluntad y – claro está – con mucha honestidad intelectual, el acuerdo es posible. No es un problema que requiera muchos conocimientos, una gran especialización para pronunciarse, basta con situarnos sucesivamente en la posición del que ejerce la violencia o el terrorismo y en la del que soporta sus consecuencias. Si hacemos esto, enseguida veremos que la legitimidad o ilegitimidad de la violencia se nos aparece evidente, y que depende exclusivamente de lo que la motiva. Es decir: del objetivo perseguido con ella.

Todas las acciones humanas, inclusive las consideradas puramente fisiológicas, tienen un origen, una causa, pero también una motivación, un objetivo. Las «puramente» fisiológicas sacan su legitimidad de la causa, pues el objetivo está implícito en ella; puesto que, salvo en los casos de violencia patológica, el «objetivo» es exclusivamente responder a lo que provoca la reacción violenta. Cualquiera de nosotros sabe esto y juzga en consecuencia: no es lo mismo utilizar la violencia para comer, porque se tiene hambre, que utilizarla para hartarse sin tener ya hambre, únicamente para que no pueda comer otro que si la tiene. Aquí ya hay otra motivación que la de satisfacer una necesidad vital, legítima, de todo ser humano. Hay una intencionalidad que nada tiene que ver con una necesidad vital personal, sino la de impedir que otro ser humano pueda satisfacerla. En un caso así es suficiente con verificar si tal es la intención para calificarla de ilegítima: ¡aquí y en China! A condición, claro está, de que se parta del principio de que todo ser humano, por el simple hecho de serlo, tiene el derecho de existir y de realizar plenamente su humanidad. ¡Sí, el derecho de todo ser humano, de todos los seres humanos!

¿Acaso no es este principio el que fundamenta nuestra ética y la de la civilización en la que vivimos? Entonces, ¿por qué no considerarlo como referencia moral incuestionable para valorar y calificar de legítimas o de ilegítimas las acciones humanas, individuales o colectivas?

Cuando estas acciones trascienden lo biológico y se sitúan dentro de la esfera de la convivencia tienen, necesariamente, una dimensión ética, y por ello hay que juzgarlas por su intencionalidad – aunque la intención, el objetivo, no sea siempre evidente. De ahí la necesidad, antes de juzgar la acción, de descubrir su objetivo, de cernirlo y valorarlo a la luz de los principios éticos que todos reconocemos como derechos humanos. Un reconocimiento que, incuestionablemente, es universal aunque muchas veces sólo sea formal.

Me parece, pues, muy razonable el tomar en consideración la dimensión ética de la acción humana para diferenciar bien lo que es violencia terrorista de la que no lo es. No es lo mismo luchar por la libertad y la dignidad del hombre, de todos los hombres, que negárselas para dominarlos y explotarlos. Y eso a

pesar de que la historia nos ha mostrado que muy frecuentemente las víctimas se transforman en verdugos, y que también muy a menudo el discurso de la rebelión disimula su verdadera intención. Los libertarios sabemos esto y que el Poder es, en toda circunstancia, la dominación del hombre por el hombre, incluso el «poder revolucionario». Como sabemos también muy bien que, si el Poder no puede imponer su dominación por medios «pacíficos», no tiene ningún escrúpulo en recurrir a la violencia, al terror para imponerla. Es por esto que rechazamos el Poder y lo combatimos en todas sus formas.

Mi experiencia: la resistencia libertaria al franquismo

Todos sabemos lo que fue el franquismo y cómo se mantuvo durante tantos años. Los libertarios luchamos, como pudimos, contra la dictadura. La resistencia libertaria al franquismo comenzó el mismo día que terminó la guerra y no paró hasta que el pueblo español recuperó las libertades llamadas democráticas. Los nombres de miles de libertarios represaliados, presos o fusilados, y los numerosos comités “confederales” anarcosindicalistas de la CNT) o “específicos” (anarquistas de la FAI) desmantelados por las fuerzas represivas franquistas lo atestiguan. La lucha se inició y se prosiguió en la medida de nuestros medios, que no eran muchos, intentando oponer a la violencia represiva, incalculablemente superior en hombres y armamento, nuestra violencia resistencial, en muchas ocasiones puramente testimonial.

¿Se pueden equiparar las dos violencias? ¿Respondían a las mismas motivaciones? ¿Tenían la misma intencionalidad, el mismo sentido y objetivo ético?

Yo creo que no, y no sólo por la desproporción entre las dos, sino precisamente por su objetivo. No, no es lo mismo utilizar la violencia para aterrorizar a un pueblo y mantenerlo sometido, que utilizarla para que ese pueblo pueda recuperar la libertad de expresión, de reunión y de organización.

En lo que concierne al franquismo, su intencionalidad era manifiesta, no daba lugar a dudas, estaba presente en todos sus discursos y actos: imponer su voluntad, mantener su dominación y permanecer en el Poder reprimiendo toda oposición. En cuanto a la nuestra tampoco se podía dudar: se recurría a la violencia solamente para reclamar libertad y en ningún momento tuvo por objetivo el Poder. Y es en esto que la violencia antifranquista libertaria se diferenciaba de la franquista y de la ejercida por otros grupos antifranquistas, que también reclamaban libertad pero que aspiraban al Poder. Por tanto, sólo por mala fe o por ignorancia se pueden equiparar esas violencias.

Los que aspiran al Poder quieren mandar e imponer sus ideas. Para conquistarlo no reparan en conseguirlo por la violencia, sólo depende de la relación de fuerzas. Lo importante, para ellos, es llegar al Poder y mantenerse el mayor tiempo posible en él: por la represión y el terror si es necesario. Aceptan la democracia cuando ésta les permite conseguir su objetivo o cuando no hay condiciones para alcanzar el Poder por medios violentos. Su violencia es siempre opresiva, negadora de la libertad del otro. Por eso, aunque se pretendan democráticos, su intención es ser hegemónicos en todos los terrenos: en el ideológico, en el político, en el económico y hasta en el cultural. Nuestras divergencias con ellos son pues enormes, fundamentales. De ahí que me parezca legítimo introducir esta diferencia en el debate y exigir que sea tomada en consideración antes de equiparar todas las violencias.

Además, en lo que concierne a la violencia de los libertarios contra la dictadura franquista, puedo afirmar que siempre se veló por mantener la máxima coherencia entre medios y fines. No sólo rechazábamos organizarnos jerárquica y militarmente, sino que estaba totalmente excluida toda forma de funcionamiento que pudiese derivar en «profesionalización». Los que participaban en la acción lo hacían de forma voluntaria. No se sacrificaba el imperativo ético, que conforma la ideología libertaria, a la «eficacia». Las acciones eran de auto defensa o testimoniales: para reaccionar frente al terror franquista y aportar nuestra solidaridad a los que sufrían la represión por reclamar la libertad para todos los españoles. Por ello la violencia en nuestras acciones era más bien simbólica, estaba reducida a su mínima expresión, pues no se quería hacer víctimas, salvo en la persona del dictador. No tenía por objetivo aterrorizar, sino denunciar la represión de que el pueblo era víctima, alentarlos a resistir para crear, con los demás sectores antifranquistas, una dinámica resistencial capaz de provocar la caída de la dictadura.

Es posible que los hubiese que soñaran con entrar victoriosos en Madrid e imponer la Revolución por las armas. Pero de lo que estoy seguro es que, para la mayoría de nosotros, hacía ya mucho tiempo que habíamos superado ese mesianismo. No nos considerábamos una vanguardia revolucionaria. Sabíamos que la transformación social no se impone, que ella sólo se consigue con la afirmación y generalización del deseo de justicia y libertad en el seno de las sociedades humanas. Tal era nuestro propósito y sigue siéndolo.

La historia está llena de ejemplos que demuestran cómo se pervierte el ideal revolucionario a través del ejercicio del Poder, cómo la violencia revolucionaria se ha vuelto terrorista y ha acabado engendrando monstruos totalitarios. Todas esas experiencias han terminado en fracasos estrepitosos, y en lugar de transformación social lo que ha habido al final es regresión. Ninguna de esas experiencias ha producido el «hombre nuevo». Al contrario, los pueblos que las han vivido y sufrido han quedado desarmados, moral y socialmente, para hacer frente a las castas «revolucionarias» transformadas en mafias empresariales. Del capitalismo de Estado se ha vuelto al capitalismo más salvaje, a la religión y al nacionalismo más patriotero. Contrariamente a lo que decía buscar, el mesianismo revolucionario ha contribuido decisivamente a la consolidación de la explotación capitalista a la escala planetaria y al descrédito de la idea de transformación social.

El balance no puede ser más catastrófico y desolador. ¡No lo olvidemos!

